

# Crónica Literaria

Por ALONE

## DEMONIO Y PSIQUEUTRIA

por el Dr. Armando Roa

(Edic. A. Belli, 1934 II)

Allí por los años 1922, cuando empiezaron a difundirse entre nosotros, más o menos escondido, las teorías de Freud que, todas, por un lado u otro, iban a parar al sexo, al complejo de Edipo y sus abominaciones (tanto que Oscar Ermeth, cansado de las preguntas, respondió un día en el *Averiguador Universal* que "no contestaba más las porquerías de Edipo") recordó que Carlos Díaz me encargó para La Nación dos reportajes, uno al Dr. D. Augusto Orrego Luco y otro al Dr. Leo Plaza para tener dos opiniones distintas y autorizadas sobre el mismo asunto.

No las recuerdo naturalmente en detalle; pero si la opinión del segundo fue amplia y comprensiva y que el primero las rechazó casi en los términos del propio Dr. Ermeth. Tampoco le gustaban "las porquerías de Edipo".

Y la verdad es que, entre la gente mundana y nómada, Freud servía mucho para hablar con decencia de cosas indecentes y que el criterio en esa materia se ampliaba ya en dirección a "Los Estados Intersexuales" de Marchal y posturas de vista muy distintas.

En la obra del Dr. Roa encontramos, como parte principal del libro, una vasta información y una apología estoniana del hombre extraordinario, del sabio y del humanista que Orrego Luco fue y el papel que desempeñó en la apertura de la ciencia clínica en Chile.

Nosotros lo conocimos y admirábamos ya como escritor y aun le habíamos tratado personalmente en casa de Iris, quien profesaba por él un verdadero culto, pues era en sociedad un seductor dotado de especiales condiciones, las mismas que le dieron en suyo eminente en la actividad política y hacían encantadora su palabra escrita. Nosotros nos subímos de memoria tristes enteros de su discurso de introducción a la Academia Chilena de la Lengua donde dibujó un retrato inolvidable de su antecesor, don Ramón Setomayor Valdés.

El capítulo III que aquí le consagra el Dr. Roa (págs. 58-130) bastaría para formar sobre él un libro modular en la historia de nuestra medicina; está nutrido de apasionantes curiosidades, tan notables algunas como las que dieron vida más tarde a la famosa "Casa Grande" de su hermano don Luis.

Por las venas de la familia corría con abundancia sangre literaria.

Pero, sin duda, su florecimiento máximo debe buscarse en la vasta y múltiple personalidad del Doctor, uno de esos hombres que se adiestran a su época y sirven más tarde al historiador para medir los avances de la cultura.

El Doctor Roa emplea por sobre todo:

"Después de Belli y Lastarría —dice Orrego Luco— es tal vez la figura intelectual chilena de mayor universalidad del siglo XIX. Neuropsiquiatra, psicólogo, historiador, político, periodista, dejó en todos esos campos profundas huellas de alcance histórico. Iniciaremos el estudio por su mundo preferido, el de las ciencias médicas".

Reconoce que no fue un innovador en el sentido de Charcot, Janet, Freud o Hughlings Jackson (1), sino un benéfico y salido introductor de una ciencia recién brotada en Europa, en el medio médico nuestro, que todavía hoy guarda ciertos recelos en su contra y a la cual, aún en los tiempos en que ya estudiaba, se le suponía la vía regia de los inaptos para la verdadera medicina.

Se ve que el Doctor Roa que empieza luchando contra la corriente.

Ahora, gracias a sus lecciones, a las que, según sus discípulos, cabía dar un encanto especial con su voz pausada, a ratos inaudible, en medio de largos silencios expectantes que llevaban a una especie de paroxismo la atención al brotar el enunciado de sus tesis, interrogantes y teorías.

Un buen profesor necesita ser buen orador y éste, a su turno, un poco hombre de teatro.

De ese modo se cambia la historia y se la disamina. Los alumnos del Dr. Orrego no olvidarán sus clases y es así como ahora alrededor suyo se pueden citar maestros tan distinguidos como el grupo que forman médicos de la categoría de Luco, Leo Plaza y Brinck y más tarde hallan una atmósfera propicia y despiertan estos favorables un García Guererro, un Vicente Inquierdo, un Eduardo Cruz Cárdenas y un Carlos Charlón, que podemos exhibir con orgullo en América.

Retrocediendo un poco, en los "Recuerdos de la Escuela" de Orrego Luco, hallamos a sus predecesores y la coetánea pobreza de recursos con que trabajaban. "Un hornillo, unos cuantos matracas y morteros, una cubeta de mercurio y una balanza, eso era el laboratorio en que Domínguez estudió toda la mineralogía de Chile, ensayó todos nuestros metales y buscó los medios de hacer su exploración: una mesa, unas tijeras, algunos pliegues de papel de estraza, eso era el laboratorio en que Philippi dio a conocer nuestra botánica; Bustillo analizó nuestras plantas medicinales en la tradición de una botica; muy poco más que un estuche de bohollo era todo el arsenial con que Sacule y Aguirre hacían toda la cirugía de aquel tiempo".

Conviven destaca estos hechos y tener presente ese cuadro abierta que necesitamos acordar a todo el fondo de sobriedad y espíritu de sacrificio de la raza, no sólo en el medio científico. Hay algo profundo y hermosamente chileno en esa tradición de la pocaerte de los recursos y la magnitud de los resultados, tal cosa se puso de relieve, no debemos olvidarlo, el año de la guerra del Pacífico.

Enciendo la memoria de mis maestros, el doctor Orrego Luco cuenta una anecdota significativa. Siempre conservó mucha admiración por don Victorino Lastarría y en la colección de sus retratos lo describe haciendo notar que acostumbraba hacer sus clases pasadas, pues "don Victorino —dice— tenía como Rousseau el hábito de pensar y comprender pasándose, como si el movimiento favoreciera la actividad de su cerebro y tal vez esa manera de elaborar sus períodos debió en cierto modo contribuir al acompañado ritmo de su estilo, a la armonía y concordia de sus frases". Todo ese brote de su semblanza vale la pena de citarse, pero nos reduciremos al fin. Como a Lastarría le preocupaba mucho la forma, para que Orrego Luco aprendiera a escribir correctamente, le regaló (qué creas Uds.) "La Iniciación de Cristo".

Juzgamente, lo que más necesitaba no solamente él sino también su discípulo que, como fundador de la psiquiatría en Chile debía librar batalla con el Demónio.

La historia de esta batalla e, mejor, de sus resonantes comienzos a mediados del siglo bajo la presidencia de don Manuel Montt, casi podríamos decir que forma el objeto principal de esta obra, en todo caso, la materia a que el doctor Roa dedica mayor espacio es la figura de Carmen María o "La Endemoniada de Santiago", que empieza en la página 133 y llega hasta la 324, o sea, hasta el final del libro.

Aquí ya no bastaría una segunda ni una tercera crónica para resellar someramente semejante multitud de sucesos sensacionales que el doctor Roa hace desfilar ante los ojos del lector gracias al preciosísimo episodio que llegó a sus manos, pese a las artes de su protagonista diabólica. Todo lo que ahora aborda al mundo en materia de embajamientos, maldiciones, exorcismos y batalla con el señor de las tinieblas se encarna en el cuerpo de la pobre Carmen María, joven modesta e inocuquable que sirvió de campo de batalla a las potencias infernales con las potencias espiritualistas. Lease, por ejemplo, el capítulo XVIII, y digase si no están reunidos allí y como preparados expresamente los elementos para una película de misterio, tanto por los ataques colectivos de que padecía la joven presa del demonio como la serie de personajes, doctores y espiritistas que intervienen, cada cual con su punto de vista y su baza... Exactamente lo mismo que hoy. En "El Histerismo de la Endemoniada y el Diablo Encerrado", tal es su título, el doctor Roa ha hundido hasta el fondo su blanca investigación y casi no hay problema de actualidad que no encuentre allí su raíz o su equivalente. En el que sigue, "La Fracturación de la Personalidad y el cambio del Yo-mismo", se abordan cuestiones que solo ahora último han venido a plantearse. Incluso, en una ocasión, página 286, el autor relata minuciosamente un suelo iluminatorio que tuvo el mismo, esquivándose de analista en analizado de una manera tan gráfica que queda tendida que envíarla el mejor novelista. Por lo demás, en una oportunidad anterior a ésa, el doctor Roa acude a una novela del folletínista Paracheo que le sirve admirablemente. En suma, que su estudio junta el interés de la ciencia al de la fantasía y constituye una lectura tan interesante como instructiva.

(1) Rectificación a una frase de nuestra anterior crónica sobre este mismo punto. Mea culpa.

# Kafka para el siglo XXI [artículo] Alberto Manguel.

Libros y documentos

## AUTORÍA

Manguel, Alberto

## FECHA DE PUBLICACIÓN

2004

## FORMATO

Artículo

## DATOS DE PUBLICACIÓN

Kafka para el siglo XXI [artículo] Alberto Manguel.

## FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

## INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

## UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)